

Desde el origen de la conquista, los reyes de los Francos se apoyaron en los vencidos. Tenían la ambición de continuar el imperio, y sólo aquellos podían elevar la monarquía bárbara a la altura de la monarquía imperial. Por más que los Romanos tuviesen un valor legal inferior al de los Bárbaros, fueron llamados a los honores en la misma proporción que los Bárbaros, y algunas veces con preferencia a éstos; cortesanos del rey, ganaban su confianza, y su hábil flexibilidad les hacía sumamente aptos para las negociaciones. Un Romano fué, el duque Aureliano, el que preparó el matrimonio de Clodoveo y su conversión al catolicismo, base del engrandecimiento de los Francos. Teodoberto, el más emprendedor de los Merovingios, tenía a su servicio dos Romanos que gozaban de una gran autoridad y a los cuales empleó para estrechar sus relaciones con la corte de Constantinopla (1). Los reyes confiaron a Romanos la administración de las provincias. Fortunato dedicó versos al duque Lupo, "que superaba en esplendor a los hombres más distinguidos, y que lo mismo desempeñaba las funciones de general que las de magistrado," (2). Romanos fueron los que iniciaron a los reyes francos en los secretos de la hacienda; más de un hacendista pagó con su vida aquel talento tan odioso a los Germanos (3). Viéronse también Galos mandar ejércitos: Mummolo igualaba a los Bárbaros en valor y los superaba en talentos militares, de lo cual dió muestras batiendo a los Sajones y a los Lombardos, que habían hecho incursiones en las Galias. Había un orden de funciones más importante, desempeñadas casi exclusivamente por los vencidos; la mayor parte de los obispos, hasta el siglo VII, fueron de origen romano. Y como obispos, los Galo-Francos no eran solamente iguales a los conquistadores, eran sus superiores. La Iglesia, romana de origen y de sentimientos, encumbró a los vencidos y contribuyó a la fusión de las dos razas: unidos en Dios, los Galos y los Bárbaros debían acabar por formar un solo pueblo.

Desde el siglo VI, la hostilidad de vencedores y vencidos cesó ó no fué más que un hecho indivi-

(1) «Magni cum Rege habebatur», dice GREG. DE TOURS (III, 33).

(2) FORTUNATI Carm., VII, 7.—LOBELL, *Greg. de Tours*, páginas 141, 142.

(3) Véase la narración de GREG. DE TOURS (III, 36) relativa a la muerte de Partenius.

dual. Leyendo a Gregorio de Tours, no se advierte que el escritor, que pertenecía a una familia gala, sea de la raza de los vencidos, y ya en su historia se manifiesta una proximidad entre Francos y Galos. Las costumbres comienzan a fundirse; hay todavía Galo-Romanos a quienes el reinado de los Bárbaros desespera y enoja; pero la masa de los vencidos se hace bárbara en el fondo y en las formas (1). También hay Francos que permanecen siendo Germanos puros; pero el mayor número se deja ganar por la civilización romana. Los vencidos vienen a ser maestros de los conquistadores. Se ha ensalzado a Carlo-Magno por su amor a las letras; más de un Merovingio merece el mismo elogio; y si los versos de Chilperico eran un poco cojos, el rey poeta demuestra, sin embargo, el invencible atractivo que tenía la civilización para los Bárbaros. Fortunato, el último poeta romano, halló en la corte de los reyes francos admiradores y patronos. Aún más alta misión llenaron los monasterios, puesto que fué en sus escuelas donde los jóvenes francos adquirieron los principios de la religión y el amor a las letras. Por su parte, los Galo-Romanos se dejaron llevar a las costumbres de los conquistadores, y se ve a los apacibles súbditos de Roma que, alzándose de su postración, se hacendiosos, arrogantes y turbulentos como sus vencedores; ya no salen de casa sin llevar consigo el cuchillo germánico, del cual saben ya servirse para rechazar una injuria ó para ejercer una venganza de familia (2). Leed en Gregorio de Tours el retrato del patricio Celso, y le tomaréis por un Franco cabelludo: "Hombre de elevada talla, de ancha espalda, de brazo robusto, enfático en sus palabras, era tan codicioso que más de una vez despojó a las iglesias..." (3).

Se ha deplorado la invasión de la barbarie como una desgracia para la humanidad. "La civilización romana, dice Agustín Thierry, encontró entre los Germanos tal cúmulo de hábitos salvajes, de costumbres violentas y de caracteres indisciplinables, que no pudo penetrar en la superficie. Los Galo-Romanos, arrastrados por el ejemplo y por un instinto de independencia brutal que la civilización no alcanza a desarraigar del corazón humano,

(1) THIERRY, *Prefacio a las Consideraciones sobre la historia de Francia*.

(2) GREGOR. TURON., III, 33, 35; V, 5, 37; VIII, 41; X, 8.

(3) GREGOR. TURON., IV, 4.

se arrojaron en brazos de la vida bárbara, despreciándolo todo, fuera de la fuerza física; de tal modo que, aun los mejores, siempre intranquilos por sus bienes ó por sus personas, perdían el reposo del ánimo, sin el cual perecen los estudios y las artes. Hé aquí cómo en el espacio de siglo y medio desaparecieron de la Galia toda cultura intelectual y toda elegancia de costumbres... "Verdaderamente la barbarie lo arrolla todo; pero la historia, en lugar de increpar a la barbarie, la debe saludar como la condición de un progreso. ¿Qué otra cosa era la tan decantada civilización romana sino corrupción y podredumbre? El imperio romano se habría extinguido, como el Bajo-Imperio, en una vergonzosa decrepitud, si los Bárbaros no hubiesen venido a darle vida.

La barbarie no fué más que temporal. Si los Galo-Romanos se dejaron ganar por las costumbres brutales, pero fuertes, de los conquistadores, no por eso dejaron de llegar a ser sus maestros; y los vencidos instruyeron a sus vencedores. Había en la civilización romana, por corrompida que estuviese, un elemento imperecedero, la cultura intelectual, que subyugó a la barbarie germánica. La prueba de ello está en el idioma; el latín absorbió las lenguas bárbaras, y la lengua es la expresión de la cultura de los pueblos; las ideas y los sentimientos se transmiten con las palabras que los expresan. De esa fusión nacerá un movimiento intelectual mucho más poderoso que el de la antigüedad romana.

La unidad del idioma es la señal de la fusión de las razas; esa fusión pudo considerarse realizada en el siglo X, por lo ménos en el sentido de que la oposición resultante de la conquista había ya desaparecido. Y no es que hubiese cesado toda diversidad; las poblaciones que ocupaban los Galos se distinguían siempre por las costumbres, el carácter y el dialecto; pero la diversidad ya no es una distinción de razas, sino que presenta un carácter local, provincial. La fusión de los Bárbaros y de los Romanos prepara una nueva faz de la civilización. En lo antiguo había ciudades y vastos imperios, no había naciones; era aquel un sistema político viciado en su fundamento, porque las naciones son tan necesarias a la vida de la humanidad como los individuos. Los Bárbaros estaban llamados a imprimir una fuerza nueva al principio individualista: ellos son los que darán al mundo la

libertad individual, ellos también los que fundarán las nacionalidades.

#### N.º 2.—Las naciones.

Las naciones que hoy se reparten la Europa estaban en germen en el imperio de Carlo-Magno. Forma la Inglaterra un Estado aparte, en el cual el elemento germánico está mezclado al elemento céltico, y de la fusión nace una raza fuerte y progresista a la que está reservado un papel glorioso en la marcha de la civilización. En España es el elemento oriental el que domina: los Árabes conservan más bien que absorben la nacionalidad española. La Francia, la Alemania y la Italia reunidas forman el imperio de Occidente, pero esa reunión no es más que temporal; la separación está en las costumbres, en los deseos y en las pasiones mismas de los pueblos.

Desde el primer momento, la Italia no ha tenido otro lazo con el imperio más que la persona del emperador. Carlo-Magno no reunió la Lombardia al reino de los Francos; allí no hubo más que un cambio de dinastía; el vencedor tomó el título de rey de los Lombardos. En Alemania y en España, Carlo-Magno incorporó los pueblos conquistados al imperio; ¿por qué dejó una existencia separada a la Italia? (1). En esa política se ha querido ver la inspiración del papado. Ciertamente es que los papas estaban interesados en dejar la Italia fuera del grande imperio; absorbidos por los Francos, los papas hubieran venido a ser instrumentos del emperador. Pero con las miras de éstos han podido concurrir las ideas de Carlo-Magno, el cual no contaba con mantener la unidad de la dominación franca en todos los países conquistados. Separada de la Europa por los Alpes, la Italia parece destinada por la misma naturaleza a gozar de una existencia aparte. ¿Quién sabe si el gran hombre presintió la imposibilidad de sostener en una sola mano tantos y tan diversos pueblos!

La Italia se sometió fácilmente a Carlo-Magno; pero su misión no era más que aparente; las relaciones entre Francos y Lombardos continuaron siendo hostiles. Apenas había repasado los Alpes el vencedor, el papa Adriano le denunció una cons-

(1) Los historiadores no están de acuerdo acerca del grado de independencia de que gozó la Italia. Véase a WAITZ, *Historia constitucional de Alemania*, t. III, p. 303-306.



piracion de los duques lombardos, que pretendían expulsar á los Francos, tomar á Roma y apoderarse del papa. Carlo-Magno reprimió la insurreccion; y para prevenir otras nuevas, abolió la constitucion lombarda, y con ella los ducados, poniendo guarniciones francas en todas las ciudades. Á pesar de eso, la Italia no se reunió al imperio; conservó un rey propio, aún cuando toda la monarquía continuó reunida bajo Luis el Bondadoso. Los Italianos excitaron la ambicion de su jóven rey, esperando conquistar una existencia nacional al amparo de su nombre (1). Es la primera tentativa que hicieron para librarse de los Bárbaros; pero fué desgraciada. Bajo los sucesores de Luis el Bondadoso, la particion del imperio habria permitido á los Italianos como á los Galos fundar su independencia; pero el genio de la unidad habia desertado de la tierra de Italia, la cual se desgarró á sí misma, hasta que, debilitada, vino á ser presa del extranjero.

Las Galias formaban el núcleo del imperio carlovingio; la Germania era una conquista. Por eso la union de los dos países era producto de la fuerza, no de la naturaleza. Ha depositado ésta en las dos orillas del Rhin los gérmenes de naciones diversas, gérmenes que se desarrollarán bajo el régimen de la conquista, siendo más fuertes que la aparente unidad que los encadenaba. En Alemania dominaba el elemento germánico; mezclábase á él en las Galias el elemento romano; la masa de la poblacion era completamente romana, y tenia sobre sus conquistadores la ventaja de una civilizacion superior; los vencidos debían acabar por absorber á los vencedores. De aquí una oposicion inevitable entre los Galo-Francos de las Galias y los Francos de la Germania. Tal es el origen de las dos naciones poderosas que se dividen el continente.

La oposicion se manifestó desde los primeros tiempos de la conquista y sobre el suelo mismo de las Galias con la violenta lucha entre la Neustria y la Austrasia. Dábase este último nombre á la parte de las Galias situada todo á lo largo del Rhin; la Neustria comprendía el país que se extiende desde los límites occidentales de la Austrasia hasta la Bretaña y las costas del Océano. En el siglo VI, Childebertó tomó el título de *rey de los Francos y de los Neustrios*; de esta manera,

(1) ASTRONOM., *Vita* (PERTZ, II, 622).

los Francos de la Austrasia eran los Francos por excelencia; los Neustrios eran más bien Galos que Germanos. Tal es, en realidad, el rasgo característico de la division. En la Austrasia dominaba la poblacion franca, y con ella la lengua y las instituciones germánicas. Las provincias que formaban la Neustria eran las últimas ocupadas; los Francos no se habian establecido allí en masa, sino que, dispersados sobre un territorio extenso y alejados de su antigua patria, se vieron rodeados por todas partes del elemento galo-romano, que acabó por absorberlos (1). Las costumbres, la civilizacion, las antipatías nacionales separaban los Germanos de la Austrasia de los Galo-Francos de la Neustria. En el siglo VII, la division era ya tan profunda, que los pueblos pidieron formar reinos separados (2); y la separacion iba á realizarse, cuando la raza germánica adquirió una nueva fuerza bajo el poder de los Carlovingios. Cárlos Martel impuso la dominacion franca á los Galo-Francos, no sin que precediera una lucha sangrienta. Los Neustrios se ligaron con los hombres del Mediodía, los Aquitanos, más afectos aún á la civilizacion romana que los Galo-Francos. La victoria de Cárlos Martel fué como una segunda invasion del elemento germánico, y los Galo-Francos y los Franco-Germanos se vieron otra vez reunidos por espacio de un siglo.

¿Por qué esa reunion antinatural? ¿Por qué se retardó la separacion, que era necesaria é inevitable? La civilizacion romana era exclusivamente material. Ese materialismo vino á ser un principio de corrupcion y de muerte, y el cristianismo, lejos de fortalecer la moralidad de las masas, se vió infestado de la decrepitud universal. El advenimiento de las razas jóvenes y fuertes era una condicion de salud para la humanidad. La primera mezcla de Germanos con Romanos fué fatal á los conquistadores; los vencedores se dejaron ganar por los vicios de los vencidos; hubo poblaciones bárbaras que perecieron en masa, como si hubieran sido tocadas de un mal contagioso. Si los Francos se preservaron de la suerte de los Vándalos, fué porque se fortalecian continuamente en las puras fuentes de la Germania. Los Francos de la Neustria se cor-

(1) GUIZOT, *Ensayo sobre la historia de Francia*, página 72.—FAURIEL, *Historia de la Galia meridional*, t. II, p. 171.

(2) FREDGAR., c. 76.

rompieron rápidamente al contacto de la civilizacion romana; y si se hubieran separado de la Germania en el siglo VII, la decadencia del imperio hubiera continuado bajo el régimen de los Bárbaros romanizados. Fué necesaria una nueva infusion de sangre germana, fué necesario dar un paso atras hácia la barbarie, barbarie saludable, porque reanimaba la vida que se apagaba en una civilizacion decrepita. Tal es la razon providencial del predominio del elemento germánico, de la victoria de la Austrasia sobre la Neustria.

La larga comunión de los Galo-Francos con la Germania fué el fundamento del poder de los Carlovingios. El imperio de éstos, aunque temporal, tenía una alta mision: fundó un nuevo orden moral, al cual servía de base el poder de la Iglesia; preparó tambien la unidad de Alemania, pero uniendo todas sus tribus bajo un mismo jefe. Sin embargo, la oposicion entre el elemento romano y el elemento germánico continuó. En tiempo de los Merovingios existía esa oposicion en el interior de la Galia entre los Francos de la Austrasia y los Galo-Francos de la Neustria; bajo los Carlovingios, la lucha va á extenderse y á dividir la Alemania de la Francia; de allí saldrán las dos naciones que son los órganos principales de la civilizacion europea.

Apénas Cárlos Martel se vió vencedor de los Neustrios, tuvo que volver sus armas contra las poblaciones de la Germania. Si hemos de creer á los cronistas francos, el héroe de Poitiers salía siempre victorioso; pero sus victorias debían ser poco decisivas, puesto que cada año habia que repetir la campaña. Á la muerte de Cárlos Martel se sublevaron los duques de Baviera, á los que se unieron los Suabos y los Sajones, llegando los pueblos germanos á hacer alianza con sus enemigos, los Eslavos, para combatir á los príncipes francos. Aquel era el espíritu de independencia que se rebelaba contra las tentativas de unidad. Y tenia tanta fuerza aquel espíritu de libertad, que no temió afrontar el poder de Carlo-Magno. Mientras que el rey de los Francos peleaba contra los Sajones, se tramaba contra él una vasta conspiracion en el centro de la Alemania. La prontitud del conquistador desbarató los planes de sus enemigos; Carlo-Magno impuso la dominacion franca á todas las tribus germánicas (1). La conquis-

(1) LUDEN, *Hist. de los Alemanes*, lib. IX, c. 11.

ta vino á ser el principio de la unidad nacional.

Desde que la Alemania empezó á tener conciencia de su nacionalidad, tendió á separarse de la Francia. El tratado de Verdun (843) consagró la separacion, que, por otra parte, estaba ya realizada en las costumbres. Tambien las lenguas, expresion de la diversidad de las naciones, separaban á la Alemania de la Francia. Cuando los reyes y los ejércitos se reunieron para poner término á las largas guerras que habian desgarrado el imperio en tiempo de los hijos de Luis el Bondadoso, los discursos y los juramentos se hicieron en lengua romana por los Galo-Francos y en lengua alemana por los pueblos germánicos. En el siglo IX se vieron ya los primeros ensayos de una literatura nacional en Alemania y en Francia (1). Poseemos un poema escrito en romance que data de la misma época que el juramento de Estrasburgo (2). El monje Olfredo se indignaba, en Alemania, de que los Francos, despreciando su idioma, estudiaran trabajosamente una lengua extranjera: "Todos los pueblos, decía él, han cultivado su idioma; ¿por qué no lo habian de hacer así los Francos? ¿Acaso no es permitido cantar en lengua franca las alabanzas de Dios?" (3). El poeta aleman era el órgano de un movimiento general; todos los concilios del siglo IX dispusieron que los sermones se predicasen en aleman ó en romance (4); en la misma época aparecieron un gran número de traducciones poéticas de los libros sagrados (5).

Aquellos primeros acentos de las lenguas modernas son como la alborada del genio nacional de los pueblos de Europa, sólo que se han necesitado siglos para que las naciones echen raíces y muestren su vitalidad. Las largas luchas en el seno del imperio de los Francos, desde su establecimiento en las Galias hasta el siglo X, son la manifestacion del genio individualista más aún que del espíritu nacional: los pueblos propenden hácia un fraccio-

(1) *Historia literaria de la Francia*, por los Beneditinos, tomo IV, p. 277.

(2) Un poema de Santa Eulalia, descubierto por HOFFMANN.

(3) OTTFRIED escribió en lengua franca una *Armonía entre los Evangelios*: es una paráfrasis rimada de los Evangelios GERVINUS, *Historia de la poesía alemana*, t. I, p. 73.

(4) Concilio de Tours del año 813, c. 17: «*Ut eisdem hominibus quisque aperte transferre student in rusticam romanam linguam aut theoticam, quo facilius cuncti possint intelligere, que dicuntur.*» Véase el concilio de Arles (c. 10), el de Maguncia (c. 25), el de Reims (c. 14, 15), todos del año 813 (MANSI, t. XIV, p. 58 y siguientes), y el concilio de Maguncia de 817 (c. 2, MANSI, t. XIV, página 908).

(5) GERVINUS, *Obr. cit.*, t. I, p. 65 y siguientes.



namiento creciente; la Francia, la Alemania y la Italia se dividían en infinidad de pequeños Estados, esperando el día de la reunión y de la unidad. Detengámonos un instante en ese desmembramiento de la Francia, para explicarnos la disolución del imperio carolingio.

### N.º 3.—Las provincias.

#### a) La Borgoña.

La Borgoña conservó su nombre y sus instituciones, después de haber perdido sus reyes (1). Dividida y subdividida muchas veces, conservó, sin embargo, una especie de vida individual; el recuerdo de su antigua independencia y el influjo del elemento romano, muy poderoso en el Mediodía, impidieron que fuese absorbida por los conquistadores. Los Borgoñones se aprovecharon de las luchas violentas de la Neustria y la Austrasia para recobrar su nacionalidad. Carlos Martel los sometió de nuevo a la dominación de los Francos; pero cuando el imperio carolingio se desmembró, la ambición de los condes se apoyó en las antipatías de raza para restablecer el reino de Borgoña. Rodolfo, de la familia de los Guelfos, ocupó las provincias situadas entre el Jura y los Alpes; y reuniendo en San Mauricio sobre el Ródano los grandes del Estado, eclesiásticos y seglares, tomó con su asentimiento el título de rey. Los Carolingios trataron en vano de combatir al usurpador, que buscó su seguridad en montañas inaccesibles.

El recuerdo de la antigua independencia se perpetuó y no dejó de ejercer influencia en el poderoso ducado de Borgoña. Pero los Borgoñones no tenían un principio de vida propio; confundándose con los otros Galo-Romanos por sus costumbres y su idioma, acabaron por fundirse con todos ellos en la grande unidad francesa. Era, pues, la Borgoña una de esas falsas nacionalidades que suelen durar siglos, pero que son absorbidas necesariamente por el pueblo a que están unidas por el territorio, la raza y el genio.

#### b) La Bretaña.

La Bretaña se sustrajo a la influencia de la conquista franca; el elemento céltico que allí do-

minaba, fortificado con la inmigración de los Bretones arrojados de Inglaterra, tuvo fuerza bastante para resistir a los conquistadores de las Galias. Verdad es que, según los cronistas, Clovis sometió la Bretaña: "Desde entonces, dice Gregorio de Tours, estuvo siempre bajo el poder de los Francos, y sus jefes se llamaban condes, pero no reyes" (1). Pero esos jefes eran nacionales y hereditarios, y su dependencia era puramente nominal: nunca se ve a los Bretones figurar en los ejércitos francos, ni a los reyes francos ejercer actos de soberanía en la Bretaña (2). Las relaciones entre los dos pueblos continuaron hostiles, y todos los años los Bretones invadían el territorio de los Francos. Por la época en que maduraba el fruto de las viñas se lanzaban sobre el país de Nantes y de Rennes, hacían la vendimia, prensaban la uva y se llevaban el mosto como un trofeo para su tierra salvaje; otros años dejaban el cuidado de la recolección a los Francos, y venían sólo a buscar el vino ya elaborado; cuando el fruto era escaso, se lo comían en los viñedos (3).

Los Bretones llegaron hasta hacer conquistas sobre los mismos conquistadores de la Galia: Nantes y Rennes fueron agregadas a la Bretaña. En los cronistas se lee que su rey, atemorizado con el poder de Dagoberto, se le sometió; pero en medio de las guerras civiles que en tiempo de los Merovingios desgarraron las Galias, fué fácil a los Bretones recobrar su independencia, si es que la habían perdido alguna vez. Al advenimiento de los Carolingios se encendió otra vez entre los Francos el vehemente deseo de conquistas: se dice que Pipino sometió toda la Bretaña, lo cual no impidió a los Bretones reivindicar su independencia contra el hijo de aquél, el poderoso Carlo-Magno. Quedó el triunfo por los Francos, pero los vencidos conservaron su libertad, y a cada reinado renacía la guerra. La expedición de Luis el Bondadoso ha sido cantada por un poeta, y la hostilidad de las dos razas, fomentada por el continuo merodeo, se descubre en el retrato que Arnoldo el Negro hace de los Bretones: "Es una nación soberbia, mentirosa, intratable y mala. Todo lo que tiene de cristiana es el nombre; ni tiene la fe,

(1) GREG. TURON., IV. 4.

(2) MLLÉ. LÉZARDIÈRE, *Obr. cit.*, t. II, p. 11.

(3) FAURIEL, *Obr. cit.*, t. II, p. 329.

ni el culto, ni las obras; entre ellos no hay persona alguna que cuide de las viudas, de los huérfanos y de las iglesias. Tienen su domicilio entre las matas, su guarida en los bosques, y se complacen en vivir de rapiñas como los animales carnívoros" (1). Los Francos quedaron victoriosos; pero seis años después de haber conquistado la Bretaña, Luis el Bondadoso se vió obligado a emprender de nuevo la campaña contra los "pérfidos Bretones" (2).

Pasaba, sin embargo, la Bretaña por una dependencia del imperio carolingio, y en el tratado de Verdun suena como adjudicada a Carlos el Calvo. Pero este rey, tan débil como ambicioso, trató inútilmente de que su autoridad fuese reconocida por los Bretones; el anillo que los unía al reino era puramente feudal. La Bretaña tenía, para formar un Estado aparte, un principio que faltaba al resto de la Galia: la raza céltica se había mantenido allí en toda su pureza: una existencia secular bajo un régimen común no ha podido borrar el carácter primitivo de esa parte de la Francia.

#### c) La Aquitania.—La Provenza.—Desmembramiento general.

Los cronistas dicen que Clodoveo conquistó toda la Aquitania. Pero esa conquista se parece a la de la Bretaña: los Francos recorrían el país, merodeaban, talaban, después repasaban el Loira cargados de botín, llevando consigo manadas de esclavos; pero apenas habían dejado el país, todo volvía a continuar como antes: era una incursión de Bárbaros y no una ocupación. Los habitantes del Mediodía de la Galia estaban apegados a la civilización romana más aún que los habitantes de la Neustria: los cronistas les dan el nombre de Romanos. Por eso mismo la antipatía contra la dominación bárbara debía ser más fuerte al Sur del Loira. El odio contra los Francos estalló en conspiraciones y en insurrecciones. En tiempo de los hijos de Clodoveo se sublevaron los Aquitanos contra los Bárbaros; la conspiración de Chramuca contra su padre era una tentativa, por parte de aquéllos, para constituirse en reino independiente, y la

oscura intriga que llevó adelante un pretendido hijo de Clotario I, educado en Constantinopla, tenía aquel mismo objeto. Desesperando ya de recobrar su antigua existencia, los Galo-Romanos, al intento de separarse del imperio de los Francos, pusieron a su frente un miembro de la raza cabelluda, el cual, aislado en medio de una población extranjera, no podía menos de identificarse con las poblaciones del Mediodía. Hacia principios del siglo VIII, la Aquitania formaba un gran ducado bajo los príncipes merovingios, pero independiente de la dominación franca, aprovechando para ello las terribles luchas de la Neustria y la Austrasia, siempre en el propósito de robustecer su soberanía.

La victoria de Carlos Martel sobre los Austrasianos, y la más célebre aún contra los Árabes en los campos de Poitiers, empujaron a los Francos hacia el Mediodía. Carlos Martel trató duramente a las poblaciones romanas; puso fuego a las arenas de Nîmes, obra de Roma, y destruyó hasta los cimientos una ciudad de origen griego. Según la expresión de un cronista contemporáneo, los vencedores se llevaron delante de ellos a los habitantes del país como rebaños y atados como perros: fué aquella una nueva invasión de Bárbaros. Así y todo, la soberanía de los Francos continuó siendo nominal por todo el tiempo que los Aquitanos tuvieron a su frente sus duques nacionales, animados de un doble odio contra los Carolingios, odio del Romano contra el Bárbaro y del Merovingio contra el usurpador. Era tan profunda aquella antipatía, que hizo olvidar a los Aquitanos sus sentimientos cristianos y se aliaron a los Árabes contra los Francos. La Aquitania fué vencida, pero no sometida. Después de la muerte de Carlos Martel se reprodujo la lucha, que fué lucha a muerte; unas cuantas provincias combatieron, durante nueve años, contra todas las fuerzas de los Francos, reunidas en las manos de Pipino. La guerra se hizo con un encarnizamiento tal como el que atestigua la resistencia desesperada que hicieron los habitantes: los Francos quemaron todo el país de Berry, árboles y casas; incendiaron el Lemosin, incendiaron también el Quercis, destruyendo por todas partes los viñedos que constituían la riqueza de la Aquitania. Pero los Aquitanos tuvieron que sucumbir.

Todavía no perdió la Aquitania, ni aún en tiempo de los Carolingios, la existencia separada que

(1) ERMOLDI NIGELLI, *de Rebus gestis Ludovici*, III, véase 43 y siguientes (PERTZ, t. II, p. 490). Trad. FAURIEL.

(2) EINHARDI *Annal. ad a. 824.*

(1) REGINÓN, *Chronie. ad a. 888* (PERTZ, I, 508).